

# Personalizar la fe en esta Iglesia y en esta cultura

---

*SECUNDINO MOVILLA\**

Por más que la Escritura insista en más de una ocasión en que «el justo vivirá por la fe» (Ha 2, 4; Rom 1, 17; Gal 3, 11; Heb 10, 38), no por eso se ha de concluir que ser justo sea una cosa fácil o que comportarse como verdadero creyente no conlleve un sinnúmero de dificultades. Vivir en fidelidad a Dios y a su palabra –que es lo que caracteriza al «justo» de la Biblia– y poner en Él la más total y absoluta confianza –que es lo original y propio del que se confiesa «creyente»– denotan un comportamiento y un talante que la persona que ha conseguido hacerlos suyos no ha podido por menos de invertir en ello mucho tiempo y mucho esfuerzo. Y es que el hecho de personalizar la fe requiere, por un lado, duración y tiempo, para que al menos los pasos previstos no se queden a medio dar; y requiere, por otro lado, una notable implicación de parte del sujeto.

Pues bien, con todo eso a la vista, mi reflexión va a orientarse preferentemente al tema de la personalización de la fe y a todo lo que ello comporta, no sin hacer antes unas consideraciones sencillas acerca de lo que supone cultivar y desarrollar la fe en una cultura posmoderna y de lo que implica el hecho de proponerse ser cristiano coherente y convencido en esta Iglesia.

---

\* Profesor del Instituto San Pío X. Madrid.

## I. SER CREYENTE EN LA POSMODERNIDAD

En su reciente visita a España, en mayo de 2003, Juan Pablo II declaraba que «se puede ser moderno y profundamente fiel a Jesucristo»<sup>1</sup>. Se trata de una afirmación valiente y animosa del Papa que hay que entender, creo yo, más que como un refrendo de la posibilidad de ser cristiano (nadie duda de que es posible serlo en cualquier tiempo, lugar y circunstancia), como un estímulo y una invitación a mostrarse seguidor de Jesús y testigo de la fe en medio de los desafíos que plantea la posmodernidad. A los cristianos se nos invita, por lo tanto, a medir y a discernir los pros y los contras que ofrece la cultura posmoderna en la que estamos inmersos para vivir y cultivar en ella la actitud de profunda confianza en el Señor que genera en nosotros el don inestimable de la fe; esto quiere decir que los cristianos hemos de reflexionar y de pensar con lucidez tanto en las oportunidades como en los inconvenientes que a la hora de vivir la fe nos plantea y ofrece el contexto y clima cultural en que vivimos.

Entre las **oportunidades** o posibilidades que la posmodernidad ofrece para vivir la fe conviene subrayar *el primado de la experiencia sobre el discurso racional*, pues al hombre posmoderno no le resulta fácil dar su asentimiento a verdades absolutas o a paradigmas universales y, en cambio, sí que concede importancia al hecho de encontrarse vitalmente con la realidad a través de la experiencia. No conviene olvidar, en este sentido, que la relación con Dios por medio de la fe constituye una verdadera experiencia –la experiencia de fe–, y que la experiencia personal constituye, por ende, una fuente primordial de conocimiento y de sabiduría. Desde esa contingencia que experimenta el hombre como ser limitado e histórico es como va conociendo y haciendo suya la realidad a través de la experiencia. «Lo de menos son los discursos, los conceptos, las teorías, si él no se acerca a la experiencia de lo real, a su propia experiencia particular, al único presente que le es

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, *Regina coeli*, Madrid, 4 de mayo de 2003.

dado. Desde esta parcialidad, en cada detalle de su vida, el hombre es impedido a encontrar la totalidad de significado»<sup>2</sup>.

Merece la pena destacar también, como rasgo de la posmodernidad que propicia el cultivo de la fe, el valor que esta concede al individuo y a la persona humana en su aspecto de *singularidad* y de *respectividad*. La posmodernidad no se aviene a que el individuo sea relegado a pieza minúscula dentro del sistema totalitario y a que se le prive de su capacidad de establecer relaciones de afinidad y de trato, de intercambio y de encuentro, que gratifican sobremanera su existencia. Tal reivindicación posmoderna sintoniza perfectamente con la singularidad y peculiaridad que el creyente experimenta en su vinculación a Dios, para quien el fiel es siempre «apreciado, valorado y amado» en sí mismo (Is 43, 4), y sintoniza también con esa relación mutua sumamente enriquecedora que la fe procura a quien deposita en el Señor su confianza: «sé de quién me he fiado» (2 Tim 1, 12).

Pero la posmodernidad presenta además algunos **inconvenientes** u obstáculos para la vivencia de la fe cristiana. Uno de ellos es, por ejemplo, el favorecer en exceso la *privaticidad*, que, de tanto defender lo subjetivo y lo que es propio e intocable del individuo, deriva en ocasiones en un *individualismo egoísta*, que se olvida y se desentiende fácilmente de los otros y que termina dejando al individuo solo y aislado. «Un sujeto débil, desvinculado comunitariamente de los otros, es manipulado por los más fuertes de la sociedad. Queriendo ser libre y dueño de su vida, es nueva y más fuertemente sometido, esclavizado y aislado»<sup>3</sup>. Ahora bien, la fe cristiana no puede entenderse si no es en relación y en comunión con los demás creyentes. No creemos solos, sino que nuestra experiencia de fe ha de ser siempre compartida y convivida, es decir, vivida *desde* los otros, *con* los otros y *para* los otros.

---

<sup>2</sup> Luis García Orso, «¿Cómo ser cristiano en un mundo postmoderno?», en *Noticias Obreras*, n. 1.122, 16-6-94/30-6-94, p. 21.

<sup>3</sup> Luis García Orso, *op. cit.*, 22.

Otro peligro que acecha a la fe cristiana desde la posmodernidad es el *talante consumista* que esta genera e impulsa. Orientarse en la vida desde el disfrute y la fruición puede conducir al consumo febril de todo tipo de experiencias, incluida la experiencia de fe; y es de notar aquí que, si la inclinación consumista lo que hace es replegar al sujeto sobre sí mismo, lo que la experiencia de fe pretende es justamente lo contrario: abrir al sujeto hacia la trascendencia y poner a la persona que presta su adhesión de fe en disposición de apoyarse en algo, en Alguien, que está más allá y fuera de sí misma.

Aunque formulados de manera sucinta y breve, he aquí dos inconvenientes posmodernos –privacidad y consumismo– que la fe cristiana debe mirar críticamente, para no dejarse entrapar en ellos; y he ahí dos oportunidades –valoración de la experiencia y de la singularidad y respectividad de la persona– con que la posmodernidad puede favorecer el cultivo y la vivencia de la fe.

## II. SER CRISTIANO EN ESTA IGLESIA

Si «vivir de la fe» como el justo de la Biblia (Ha 2, 4; Rom 1, 17; Gal 3, 11; Heb 10, 38) no resulta fácil en medio de la cultura posmoderna –existen en ella factores que lo favorecen y factores que lo dificultan–, otro tanto cabe decir del papel que representa la Iglesia, en el orden práctico, para la inmensa mayoría de cristianos: a unos les anima y estimula en la vivencia de su fe y a otros, en cambio, les frena y desalienta.

Hace algo más de dos décadas escribían los obispos del País Vasco y de Navarra una carta pastoral titulada «Seguir a Jesucristo en esta Iglesia», en la que, a propósito de lo que *esta* Iglesia representa para los cristianos, señalaban una serie de aspectos positivos («emergencia de un laicado vigoroso y fresco», «fidelidad católica de muchos», «deseo de una Iglesia más evangélica», «persistencia de la inquietud religiosa como un activo precioso para

que pueda seguir resonando en el interior del hombre la propuesta de la fe cristiana», etc.), junto a otros aspectos que consideraban más bien preocupantes («resistencia a aceptar a la Iglesia como instancia normativa de la fe», «problema de confianza en la Iglesia y más concretamente en sus pastores», «descenso drástico de la práctica religiosa», «fragmentación y reducción de la adhesión católica», etc.)<sup>4</sup>. Pese al tiempo transcurrido desde aquella fecha, la mayoría de esas constataciones siguen siendo ciertas.

Y es que al creyente sincero, que ha nacido en la fe *en esta Iglesia* y en ella quiere seguir viviéndola y expresándola, no deja de producirle una cierta tensión el proceder ambiguo de la Iglesia en lo que al ejercicio práctico y testimonial de la fe cristiana se refiere. No es que se proponga poner en tela de juicio su papel de «mediación» querida por Dios para reunir a los hombres dispersos (LG 9), o su vocación de ser «comunidad de creyentes» al servicio de los hombres (GS 3), o su misión de ser instrumento para que «todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2, 3); lo que se cuestiona es más bien su modo práctico de proceder. Y más en concreto, lo que a no pocos cristianos les desasosiega y desconcierta es que la Iglesia dice unas cosas y luego hace otras, o sea, que no hace lo que dice, o si se prefiere, que separa la vida de la fe.

Dice, por ejemplo, que hay que poner el máximo empeño en evangelizar (EN 14), y lo que en la práctica parece interesarle más no son las actividades evangelizadoras sino las prácticas religiosas y los actos de culto a los que dedica mucho más tiempo y mucho más espacio; dice que hay que cultivar la maduración de la fe mediante procesos educativos (DGC 47-49), y acto seguido, y como si se olvidase ya de los procesos, centra preferentemente su atención en las catequesis sacramentales; dice igualmente que lo importante es educar en la fe para «vivirla en comunidad» (CT 24), y lo que

---

<sup>4</sup> Diócesis de Plamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria, *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia*, Idatz, San Sebastián 1989, pp. 9-10.

luego parece obsesionarle es el número, la afluencia, las concentraciones masivas, aunque apenas exista o se perciba en ellas sentido y experiencia de comunidad.

También sostiene la Iglesia que está por la participación activa y por la corresponsabilidad de los laicos en la marcha y en la vida de la Iglesia, a la que todos deben contribuir con sus carismas (LG 31-33), y lo que luego se da en la práctica es más bien un recorte y una limitación a esa corresponsabilidad y a esa participación. Y eso por más que se hagan insistentes llamadas a los laicos a que presten su colaboración (¡que no es exactamente lo mismo que corresponsabilidad!), o que se tenga para con ellos, en determinados casos, el detalle de la consultación (ChL 23; Puebla 804). No menos énfasis pone la Iglesia en considerarse «experta en humanidad» o, como diría el teólogo K. Rahner, en mostrarse como «experimento vivo de verdadera humanidad», mientras que lo que luego demuestra con sus actuaciones es que, algo tan fundamental para la fe cristiana como es la igualdad fundamental de todos los hijos e hijas de Dios, o lo ignora o lo contradice en la práctica con toda una serie de binomios de desigualdad que mantiene todavía, como son: hombres/mujeres, clérigos/laicos, aquiescentes/disidentes, etcétera.

Estas ambigüedades y contradicciones son las que a no pocos cristianos les plantean problemas a la hora de vivir su fe *en esta Iglesia*. Problemas que algunos tratan de solucionar por la vía rápida, desentendiéndose de la Iglesia o incluso abandonándola, y que otros tratan de afrontar por otra vía diferente, la de quedarse dentro, porque al fin y al cabo esa es «su» casa. Quedarse dentro, sí, asumiendo en el fondo aquel convencimiento que expresaba K. Rahner cuando decía que «en esta Iglesia mejor que en ningún otro sitio». En esta Iglesia, sí, pero no de cualquier forma, sobre todo no de una forma pasiva o sumisa, sino sintiéndose alentados en todo momento por ese espíritu crítico y por ese talante profético que les lleva a reclamar y a urgir para *esta Iglesia* una mayor coherencia en su actuar y una mayor radicalidad en su fidelidad al Evangelio.

### **III. EL LENTO Y LABORIOSO PROCESO DE PERSONALIZAR LA FE**

Si determinantes o condicionantes son la cultura posmoderna y la Iglesia de nuestros días para quien decide vivir en ellas como creyente y como cristiano, mucho más determinante y decisivo es el recorrido vital que el creyente debe hacer hasta alcanzar una fe personalizada. La fe es un don que Dios ofrece a quien está dispuesto a acogerlo; es también una invitación y una llamada a orientarlo todo en la vida desde el plan y los deseos que Él tiene para con sus hijos e hijas, los hombres y las mujeres; pero al mismo tiempo la fe es, para quien gratuitamente la acoge y la recibe, una voluntad de respuesta y de correspondencia a todo lo que Dios anuncia, promete y realiza en su enviado Jesucristo.

Esto se dice en pocas palabras, pero supone en realidad un lento y laborioso camino de interiorización y de asimilación, de comprensión y de adhesión, de implicación personal y de testimonio confesante, que es lo que va implícito y sobreentendido en el hecho de *personalizar la fe*. Personalizar la fe es todo un recorrido vital y existencial en el que entran en juego la evolución de la persona, los dinamismos personalizadores que la fe suscita en el individuo creyente, y el esfuerzo generoso y arriesgado que debe realizar aquel que se propone integrar y asimilar la fe en su propia vida. A cada uno de esos tres aspectos voy a dedicar a continuación mi atención y reflexión.

#### **3.1. ¿En qué consiste personalizar?**

Personalizar es, según el diccionario, «dar carácter personal a algo» y también «asumir la propia persona realidades diversas», en cuyas definiciones, aun cuando se aluda a un movimiento de doble dirección —de la persona a la realidad externa y de la realidad exterior a la persona—, es en la persona donde parece residir el principal polo de influencia. Personalizar tiene, pues, que ver con la persona; y no tanto con la persona hecha y derecha, con la

persona identificada, cuanto con la persona que se está identificando o que se está haciendo (que está en «proceso de convertirse en persona», como diría C. Rogers).

La persona, como resultante, según Sheldon, de la organización dinámica de los aspectos cognitivos, afectivos, motivacionales, fisiológicos y morfológicos del individuo, tiene que realizar en su desarrollo un largo **proceso de identificación**. La identidad personal, en efecto, que incluye una serie de elementos evolutivos, relacionales y referenciales, se va haciendo cada vez más clara y definida en la medida en que se va alcanzando una consciencia de sí y una autonomía real que posibilita el ejercicio de la libertad<sup>5</sup>. La identificación de la persona viene a ser algo así como la consecución del equilibrio complementario de estos tres polos: del polo *subjetivo* (que tiene que ver con la constitución de la propia interioridad y con la capacidad de asumir el propio «yo»), del polo *social* (que se desarrolla a través de la pertenencia, del sentido de utilidad y del reconocimiento por parte de los otros), y del polo *institucional* (significado en la vinculación a determinados estamentos de los cuales recibe el sujeto referentes culturales y axiológicos que configuran su particular estilo de vida)<sup>6</sup>. De donde se concluye que un rasgo determinante de la identidad de la persona es la apertura a los otros y a todo lo que de ellos proviene, es la relación con las personas<sup>7</sup>, lo que se denomina *intersubjetividad*, pues la intersubjetividad es el lugar en el que emerge la persona, hasta el punto de que puede llegar a afirmarse que «la intersubjetividad es subjetivizadora, en el sentido de que contribuye a la subjetivización de cada cual»<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> Mercedes Navarro, «Persona», en *Nuevo Diccionario de Mariología*, Madrid 1988, pp. 1584-1585.

<sup>6</sup> Denis Villelepet, «Riconoscimento di sé e appartenenza alla comunità cristiana», en *Note di Pastorale Giovanile*, abril 2003, pp. 9-10.

<sup>7</sup> Martin Buber sostiene que «la persona aparece cuando se entra en relación con otras personas» (*Yo y Tú*, Madrid 1993, p. 61).

<sup>8</sup> Denis Villelepet, *op. cit.*, p. 13.

De esa apertura y de ese movimiento relacional con los otros la persona va adquiriendo una serie de experiencias que poco a poco van configurando su forma de ser y su propia identidad. A esas experiencias se las suele denominar **experiencias configuradoras**, en el sentido de que son experiencias fundantes y determinantes que marcan decisivamente el ser y el actuar de la persona. La vida de cualquier persona humana aparece inexorablemente marcada por esa serie de experiencias (experiencias de amor y de dolor, de plenitud y de vacío, de realización personal y de fracaso, de sentido de utilidad o de inutilidad, etc.), que se han ido acumulando dentro de ella y que van como tejiendo y estructurando progresivamente su peculiar y propia identidad. Pues bien, la fe quiere ser una de esas experiencias configuradoras del ser de la persona; más aún, quiere ser la experiencia central y nuclear, el referente de primera magnitud, desde el que se orienta y se otorga sentido al resto de las experiencias.

Personalizar, en suma, es vivir en relación abierta hacia los otros y hacia lo otro para poder recibir y asumir de ellos los elementos configuradores y dinamizadores de la propia identidad (que a su vez se torna en identidad identificadora de otros muchos sujetos). Personalizar es interiorizar y asimilar todo un cúmulo de experiencias que marcan y que imprimen como un sello decisivo en el ser de la persona y que generan una orientación, un sentido y un significado a todo lo que la persona ha de emprender y a todo lo que ha de hacer frente en la vida. Personalizar es recibir y dar sentido.

### **3.2. Elementos personalizadores de la fe cristiana**

La fe se inscribe en el carácter relacional de la persona. En la medida en que el ser humano se relaciona con los demás, bien sea porque se abre y se comunica con ellos o bien porque les escucha y acoge receptivamente, se dispone para creer. Creer consiste fundamentalmente en salir de sí mismo, en buscar

apoyo o sentido en los demás, en recibir y acoger de ellos su presencia y su influencia, en confiar en lo que dicen y en quiénes lo dicen.

He aquí, pues, un primer elemento personalizador de la fe cristiana: ella es *apertura y búsqueda* de algo o de Alguien que nos trasciende y sobrepasa<sup>9</sup>, y es *acogida y receptividad* del inmenso don que Dios nos ha hecho en Jesucristo. El hombre se abre a la fe porque se muestra atento a lo que Dios ha tenido a bien comunicarle, a su revelación y a sus promesas, y porque se fía de lo que Dios dice, le presta su adhesión y confianza. La fe es el encuentro de la inquietud buscadora del hombre con la autocomunicación y autodonación de Dios, o viceversa. El elemento humano y el divino confluyen y se dan cita en la experiencia de fe. En la confesión de los discípulos, seguida de la confesión de Pedro, que recoge el evangelista Mateo, aparecen de alguna manera esos dos elementos: a la pregunta de Jesús sobre «quién es el Hijo del Hombre», los discípulos responden diciendo lo que saben humanamente –que «es uno de los profetas»–, mientras que Pedro confiesa lo que le ha sido revelado por el Padre –que «es el Mesías, el Hijo de Dios vivo»– (Mt 16,14-16).

En esa relación que se establece entre el hombre y Dios por medio de la fe conviene distinguir lo que Dios comunica y manifiesta, lo que Dios hace y realiza –todo lo cual se compendia maravillosamente en la persona de Jesús–, cosa que el hombre trata de comprender, de conocer y de entender (sería la *fides quae creditur*, de que hablaba San Agustín en sus Confesiones), y lo que el hombre pone de su parte, siempre ayudado por la gracia de Dios, como correspondencia y como respuesta, como acogida y reconocimiento, como adhesión y confianza (sería la *fides qua creditura* a la que se refería también el propio San Agustín). Y dado que la revelación de Dios se ha hecho patente por medio de «dichos y hechos» (DV 2), por signos y

---

<sup>9</sup> «El hombre trasciende, se trasciende a sí mismo y trasciende el mundo, pero es trascendido por Dios, en quien vivimos, nos movemos y existimos» (José M. Rovira Belloso, «Fe», en *Nuevo Diccionario de Pastoral*, Madrid 2002, p. 607).

palabras, y también por medio de enunciados, conviene dejar claro, en la línea de pensamiento de Santo Tomás de Aquino, que la adhesión de fe no termina en la enunciación en sí, sino en la realidad enunciada<sup>10</sup>. Es decir, que la fe se da a través de mediaciones, pero va más allá de las mediaciones.

En todo eso aparece ya insinuado un segundo elemento personalizador de la fe: su dimensión de encuentro. La fe cristiana es una *relación de encuentro* con Dios, y más concretamente con la persona de Cristo. La fe es «encuentro personal con Jesucristo» (CT 20; DGC 53), como lo manifestó abiertamente el apóstol Tomás al dirigirse a Jesús como «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28). Por eso se afirma con toda propiedad que la fe es un «acto personal», porque se da en la relación que se establece entre personas, entre el hombre y Dios, entre Jesucristo y el creyente fiel, y también entre los que viven en comunión la misma fe. La Iglesia es «comunión de fe» que el Espíritu opera entre aquellos que se dejan asociar admirablemente por «el amor de Dios derramado en sus corazones» (Rom 5, 5).

Y esa relación de encuentro con Jesús, el Cristo, es de tal naturaleza que produce en el creyente un efecto personalizador. Jesucristo se convierte así, para quien le presta su adhesión, en referente *personalizador e identificador*. Jesucristo nos sirve de modelo para orientar la vida y, más aún, nos personifica: nos hace ser ante Dios y para Dios las verdaderas personas que estamos llamadas a ser. En este sentido se puede decir que, además de tener que personalizar nosotros la fe, de hacerla parte integrante de nuestra persona, *la fe nos personaliza*, nos confiere una identidad personal que nos hace reconocibles como creyentes ante Dios, ante nosotros mismos y ante los demás.

Aún queda por indicar otro elemento personalizador de la fe cristiana: su *virtualidad transformadora*. Y es que la fe, operadora de esa relación de

---

<sup>10</sup> *Summa Theologica*, II-II, q. 1, a. 2, ad 2. El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que «creer entraña una doble referencia: a la persona y a la verdad; a la verdad por confianza en la persona que lo atestigua» (n. 177).

encuentro personal con Jesucristo, produce además en el creyente un movimiento de *conversión* y un impulso hacia el *seguimiento*. «La fe cristiana es conversión a Jesucristo (AG 13) y es también decisión de caminar en su seguimiento» (CT 5; DGC 53). La fe produce, en efecto, un cambio determinante en la vida del creyente, una *metanoia* (Mc 1,14; AG 13; EN 10), una transformación profunda de la mente y del corazón, que induce a emprender una nueva forma de vida según el Evangelio (EN 23).

En el nuevo estilo de vida que inicia el creyente es posible percibir la incidencia que sobre él va ejerciendo la fe, pues, como declara el apóstol Pablo, «nos vamos transformando en la imagen del Señor por virtud de su Espíritu» (2 Cor 3,18). Y es que lo propio de la fe personalizada es precisamente eso, que produce transformación, a diferencia de la ideología, que a lo sumo puede llegar a suscitar la adhesión<sup>11</sup>. De esa expectativa de cambio personal a través de la mediación de fe, que es la Palabra, es de la que se sentía deseoso San Agustín cuando preguntaba: «Si no me haces mejor de lo que era, ¿para qué me hablas?».

Incluso se puede llegar a pensar que esa transformación y cambio personal, que se opera en el creyente por medio de la fe, es una prueba, entre otras, de la sinceridad y de la autenticidad con que se cree. De tal manera, que si la fe vincula a Dios y a Jesucristo de forma tan determinante, de ello resulta una afinidad tal con lo divino que el hombre puede parecerse a Dios y ser afín a Él, y puede aspirar, promovido por la fuerza del Espíritu, a comportarse como se comporta el mismo Dios: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

De todos esos efectos personalizadores que la fe provoca en el creyente –la apertura, el encuentro y la transformación de la persona–, lo que cabe esperar es que, quien los experimenta y vive, lo haga por supuesto con muestras de agradecimiento, pero también con la perseverancia mantenida de quien sabe

---

<sup>11</sup> Javier Garrido, *Comprender y practicar la personalización*, Vitoria 2001, p. 18.

que adquiere en ello un compromiso de fidelidad. El creyente que se aproxima a Dios por medio de la fe, y que se encuentra realmente con Él, es a su vez encontrado por Dios y es transformado en un ser afín a Dios: he ahí la nueva vida que se inaugura por medio de la fe, una vida que habrá que desplegar en todas sus potencialidades y que habrá que mantener orientada a Dios en todo momento y circunstancia. La fe es fidelidad.

### **3.3. La personalización de la fe**

El objetivo de la personalización no es otro que el de hacer propios los principales dinamismos que encierra en sí la relación de fe. Esto quiere decir que la personalización se realiza cuando se consigue integrar en la persona los elementos que comporta esa relación que va de Dios al hombre y del hombre a Dios. Ahí es donde ha de concentrarse la tarea del creyente que desea hacer suya la experiencia de fe: en acoger y recibir lo que Dios le revela y manifiesta, en confiar y en adherirse a su persona por encima de todo, y en corresponder a los planes y deseos de Dios con la respuesta coherente de la propia vida.

De ahí se sigue que una de las primeras tareas que ha de llevar a cabo la personalización es la de entender y comprender lo que Dios dice y comunica al hombre, es decir, la **inteligencia de la fe**. Dios se dirige al ser humano en cuanto ser inteligente y capaz de conocer, le revela su misterio y su mensaje de amor, le anuncia la Buena Noticia, en la confianza de que el hombre va a tratar de conocer y de entender lo que Dios le dice. He aquí uno de los cometidos que atañen al creyente que desea personalizar la fe: ponerse a la escucha del mensaje, dedicar atención a su contenido, proponerse un trabajo de estudio, de reflexión, de intelección y de comprensión del mismo, a fin de prestarle un «obsequio razonable» (Rom 12,1)<sup>12</sup>. Sin

---

<sup>12</sup> El Concilio Vaticano II, recogiendo en la constitución sobre la *Divina Revelación* el planteamiento que había hecho el Concilio Vaticano I sobre la fe católica en la constitución

inteligencia de la fe no puede darse una aceptación razonable de la misma. De ahí que el apóstol Pablo reclame en más de una ocasión el interés de los fieles por escuchar y entender el mensaje que él les propone.

El peligro que hay que evitar en este primer intento de personalizar la fe es el de convertirla en ideología, en *creencia ideológica*, cosa a la que se muestra propenso el hombre religioso, porque la fe perdería entonces su naturaleza de ser don de Dios y pasaría a ser mera elaboración de la razón humana. Y es evidente, como advierte M. Légaut, que el hombre necesita de la ideología para dar significado y valor a lo que él vive, pero es cierto también que la ideología tiende a fabricar «ídolos», y de los ídolos hay que desprenderse si se quiere caminar en la verdadera fe. Por ideología se llega como mucho a formar una colectividad de los que piensan de manera afín, mientras que por la fe compartida lo que se genera es una «comunidad de creyentes»<sup>13</sup>.

Personalizar la fe en lo que se refiere a su *dimensión cognoscitiva* requiere, pues, un esfuerzo de escucha, de estudio y reflexión, de interiorización y de asimilación<sup>14</sup>, de meditación paciente y a la vez humilde, pues no todos los aspectos misteriosos de la fe están llamados a hacerse fácilmente patentes y comprensibles a la razón humana.

---

dogmática *Dei Filius*, afirma que «el hombre se entrega entera y libremente a Dios y le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios ha revelado» (DV 5).

<sup>13</sup> Marcel Légaut, *L'homme à la recherche de son humanité*, París 1971, pp. 174 y 208.

<sup>14</sup> Javier Garrido, que ha hecho en sus numerosas obras una excelente tematización de la personalización, no es partidario de reducir la personalización a la «asimilación» ni tampoco a la «internalización». En su libro *Proceso humano y Gracia de Dios* (Santander 2000) opina, por ejemplo, que «la identidad de la persona no está en la asimilación, sino en una síntesis propia, que elige un proceso crítico» (p. 111). A propósito de la «internalización», que reconoce como «una función psíquica esencial de la persona humana y perteneciente al equipamiento básico de la persona», advierte que no siempre consigue la transformación personal, pues «no toda interioridad alcanza el nivel de transformación de las facultades como para que cambie la persona por dentro» (pp. 269-270).

Una segunda tarea que conlleva la personalización tiene que ver con la fe entendida como relación de encuentro, en la que es de suma importancia cultivar y alimentar una actitud de **confianza** y de **adhesión**. De la raíz hebrea *ʾmn* (amén), que se refiere a lo que inspira confianza y da seguridad, la fe no hace otra cosa que confiar en Dios (1 Tes 1, 8) o, como en el caso de Pablo, fiarse total y absolutamente de Cristo (2 Tim 1,12).

La obediencia o respuesta de fe (Rom 1, 5) se polariza en Jesús, el Cristo. La fe cristiana consiste en aceptar a Jesús como aquel en quien Dios se ha hecho definitivamente presente (Jn 1, 12; 5, 43); consiste en conocerlo y amarlo (Jn 14-16), en acercarse a Él (Jn 5, 40; 6, 35); y sobre todo consiste en mostrar una adhesión incondicional a su persona (Jn 6, 68). Quien se ha encontrado personalmente con Cristo y quien se ha adherido profundamente a su persona no puede por menos de confesar y proclamar: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20, 28), «Jesús es Señor» (Rom 10, 9; 1 Cor 12, 3; Flp 2, 11; 1 Ped 3, 15), «Jesús es Mesías e Hijo de Dios» (Jn 20, 31; 1 Jn 5, 1-5). En el evangelio de Juan se declara y hace patente cómo va progresando esa relación de encuentro y de adhesión a Jesús, desde un movimiento *inicial* de «acercarse a Él» (Jn 6, 35) o de «acercarse a la luz» (Jn 3, 21), hasta lo que supone una adhesión más *permanente* de «beber su agua» (Jn 4, 14; 7, 37), de «trabajar por el pan que dura hasta la vida eterna» (Jn 6,27), en definitiva, de «seguir a Jesús» (Jn 1, 43).

Avanzar en la personalización de la fe en esta dimensión de encuentro, de un encuentro que suscita adhesión y confianza, a lo que invita al creyente es a que este cultive con cierta asiduidad los espacios de la *oración* y de la *celebración*, especialmente de la Eucaristía. Es ahí donde el hombre y la mujer de fe experimentan de verdad lo que es cercanía de tú-a-tú, lo que es esa proximidad vital de la presencia del Señor, lo que es sentirse una sola cosa con Cristo y transformados y asociados por Él a su pasión, a su muerte y a su resurrección.

Como tercera tarea, la personalización de la fe requiere que esta se muestre y **se demuestre en obras** (Sant 2,18; Gal 5, 6). No se puede mantener coherentemente una fe que es «solamente fe creída y no vivida», como afirma J. B. Metz, puesto que la fe es vida y en la vida ha de hacerse manifiesta. Muchos son los aspectos que de suyo implica una «fe con obras», pero todos ellos pueden verse resumidos en lo que significa la expresión evangélica de «seguir a Jesús» (Mt 4, 20-22; Mc 1, 18-20; Lc 5, 11; Jn 1, 43), pues «la vida cristiana consiste en seguir a Cristo» (CT 5).

El seguimiento de Cristo constituye, pues, la tarea permanente de todo el que, por la fe, le conoce y le presta su adhesión. Seguidores de Jesús están llamados a ser todos los que, aceptando la voluntad del Padre, se toman en serio eso de que «Dios les ha destinado a reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8, 29). Seguir a Jesús es una tarea que incumbe al creyente de por vida y que se muestra y se demuestra, como indica L. Boff, en «proseguir su obra, perseguir su causa y conseguir su plenitud»<sup>15</sup>. Una tarea que, junto a los gestos precisos y concretos, supone además una serie de pasos y de opciones, que J. Sobrino sintetiza en «la encarnación en el abajo de la historia, la práctica salvífica del amor, el dejarse llevar por el Espíritu, la voluntad de asumir la cruz como consecuencia de luchar por el Reino y la participación en la resurrección de Jesús como destino»<sup>16</sup>.

A todas las tareas indicadas como inherentes a la personalización de la fe ha de aplicárseles el criterio de lo *individual-personal* y de lo *comunitario-elesial*. Quiere esto decir, por una lado, que es cada persona, ella misma, la que debe realizar esas tareas y que nadie puede reemplazarla ni hacerlo en su lugar; y, por otro lado, que nadie es capaz de personalizar la fe en solitario o aislado de la comunidad creyente. Resulta así que la fe es experiencia personal y al mismo tiempo es también experiencia eclesial.

---

<sup>15</sup> L. Boff, *La fe en la periferia del mundo*, Santander 1981, p. 44.

<sup>16</sup> Jon Sobrino, «Seguimiento de Jesús», en *Conceptos fundamentales del cristianismo*, Madrid 1993, pp. 1289-1296.

## **4. MEDIOS Y RECURSOS QUE FAVORECEN LA PERSONALIZACIÓN DE LA FE**

Si personalizar consiste en apropiarse la persona de realidades de fuera, y si personalización es, según el diccionario, la «acción y efecto» de personalizar, de ello se sigue que la persona que desee llegar a realizar esa acción o alcanzar ese efecto deberá poner de su parte no pocas tentativas y esfuerzos para conseguirlo. La experiencia dice que así lo han hecho quienes se han mantenido fieles a su opción creyente o quienes han terminado por encontrar en la fe la inspiración más determinante de sus vidas.

Claro que para llegar hasta ese punto, o bien se han visto acompañados por buenos orientadores/catequistas, o bien se han servido de medios oportunos; o las dos cosas a la vez. De esos medios, que tanto catequistas como educadores cristianos, algunos de ellos por lo menos, han sabido utilizar y practicar con maestría y tesón, voy a referirme especialmente a dos de ellos: al *proceso* y a las *pedagogías* que han favorecido y han contribuido a la personalización de la fe.

### **4.1. El proceso de maduración en la fe**

De igual manera que la psicología ha estudiado y comprobado que las personas evolucionan siguiendo determinados procesos en su crecimiento, también la teoría educativa religiosa ha reconocido y comprobado, por su parte, que «la fe experimenta un proceso de maduración» (DGC 88). Y la razón no puede ser más evidente, ya que si la fe personalizada constituye una experiencia central de la persona, lo lógico es que esa experiencia evolucione y progrese a la par que lo hace la persona. Si la fe forma parte inherente de la vida, en la medida en que la vida se va desarrollando, se desarrollará también la propia fe. Ni Dios ni el hombre se comportan de manera estática, y si lo que hace la fe es ponerles en mutua relación, esa relación no podrá por menos de ser, entre ellos, dinámica y activa.

Así lo dan a entender algunos documentos recientes de la catequesis. En uno de ellos se señala, por ejemplo, que la catequesis habrá de guiarse por el dinamismo de la iniciación cristiana (DGC 90), que consiste propiamente en «un aprendizaje, convenientemente prolongado, del vivir cristiano» (AG 14; IC 41), con lo que se quiere dar a entender que ese aprendizaje ha de prolongarse en el tiempo de manera progresiva y dinámica. Y en otro documento se precisa que «la pedagogía catequética es respetuosa con el personal proceso de fe de cada catecúmeno» y que «ya el hecho de concebir la fe en términos de proceso es muy importante, pues subraya el hecho de que la adhesión del catecúmeno a Cristo tiene lugar de forma progresiva» (CC 214). La fe se reconoce, pues, como un proceso *personal* y como la expresión de adhesión al Señor que se realiza de forma *progresiva*.

¿Qué es lo que conviene destacar en ese proceso de personalización de la fe? En primer lugar, que el proceso ha de ser *personal*, es decir, vivido, recorrido y trabajado por la propia persona, tal y como lo señala uno de los documentos sobre la catequesis de adultos: «El proceso de la fe es un caminar personal» (CA 87). Y en segundo lugar, que ha de ser un proceso *interior*, efectuado en la interioridad de la persona que lo vive, como se indica también en el mismo documento: «Se trata de un recorrido interior hacia la madurez cristiana» (CA 87), pues no siempre el que se atiende a la programación o estructuración exterior del proceso asegura que con ello realice una vivencia interior. De ahí no se sigue, sin embargo, que el proceso discorra siempre de forma lineal, en la que no tengan cabida retrocesos o altibajos, sino, como precisa algún autor, reflejando más bien una «imagen asistémica»<sup>17</sup>, en la que no siempre se sigue la lógica de la progresividad continua. Pero, eso sí, ha de ser un proceso en el que no deje nunca de operarse la *transformación* de la persona.

---

<sup>17</sup> «La interioridad no crece como el cuerpo, linealmente, sino volviendo una y otra vez a sus centros existenciales y de sentido... La persona vive simultáneamente distintos tiempos de maduración» (J. Garrido, *Proceso humano y Gracia de Dios*, p. 152).

La imagen que mejor se asemeja a ese proceso de maduración en la fe es la del camino o del itinerario, jalonado, como pide la dinámica de todo caminar, por *etapas* que van llevando progresiva y sucesivamente al sujeto creyente hacia la meta de la personalización de la fe. La *gradualidad de esas experiencias* reviste aquí toda su importancia, pues todas ellas forman parte, a modo de satélites de una gran constelación, de esa experiencia global y nucleadora que es la experiencia de fe.

Varios son los modos de formular o de precisar esas *etapas*, según que se tenga una concepción más metódica, más iniciática o más antropológica del itinerario. La enunciación más simple es la que habla de «inicio» o de comienzo del caminar en la fe, a la que sigue luego un largo periodo de «profundización», de «interiorización» y de «maduración», hasta culminar en la «opción de seguimiento de Jesús» en la comunidad cristiana<sup>18</sup>. Con ligeras variantes, estas suelen ser las tres etapas consabidas que ofertan la mayor parte de los proyectos pastorales que cuidan de la iniciación progresiva de la fe.

Más clásica y tradicional es la que recoge y sintetiza el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, con los pasos de evangelización y «precatecumenado», de «catecumenado» propiamente dicho, al que da continuidad «el tiempo de purificación e iluminación» (al final del cual se celebran los sacramentos de la iniciación cristiana), y que se amplía y remata con el «tiempo de la mistagogía»<sup>19</sup>.

En clave más antropológica, y tratando siempre de dinamizar el proceso espiritual de la personalización, Javier Garrido propone y desarrolla esas cuatro etapas: *iniciación* (con las palabras-eje de «estructurar» los desajustes del equipamiento básico y de «integrar» las bipolaridades), *fundamentación* (que incluye la labor de «unificar» y de «fundamentar» el

---

<sup>18</sup> S. Movilla, *Animación de grupos en proceso*, Madrid 1993, pp. 68-76.

<sup>19</sup> Rica, *Observaciones previas*, pp. 9-40.

deseo), *seguimiento* (motivado por la «fe del Reino»), y *hora pascual* (en la que se experimenta existencialmente «el perder la vida para ganarla»)<sup>20</sup>.

Pero más allá de todas esas peculiaridades y modalidades con que el proceso es planteado, lo importante es que el proceso sea vivido, que sea recorrido vital y existencialmente, que el creyente no lo descuide ni abandone por cualquier motivo. La personalización no es cosa de un impulso inicial. Requiere la firme voluntad y la constancia de proseguirlo hasta el final y de llevarlo a término, pues sin mantener el paso firme en el itinerario que el creyente está invitado a recorrer en su vida no va a ser posible personalizar la fe.

## 4.2. Pedagogías de carácter personalizador

Seguro que un buen número de pedagogías de las que suelen practicarse en el ámbito de la educación religiosa contribuyen de modo favorable a la personalización de la fe. Sin meterme a juzgar ahora si todas sirven o si son igualmente válidas (es más que probable que unas lo sean más que otras en función de los destinatarios, de la capacidad de los educadores o de la naturaleza del trabajo educativo), me decido a proponer aquí dos muy concretas –la pedagogía de la experiencia y la pedagogía que sirve para unir la fe y la vida–, por el convencimiento que tengo de que son de gran utilidad para la educación progresiva y personalizada de la fe cristiana.

– En primer lugar, la *pedagogía de la experiencia*. Esta pedagogía consiste fundamentalmente en favorecer que la persona no deje pasar sin más ni más las numerosas «vivencias» que la trama de la vida le depara, de manera que, al «tomar conciencia» de las mismas, vaya consiguiendo poco a poco hacerlas suyas e «integrarlas» en lo que es constitutivo de su ser, a fin de que pueda

---

<sup>20</sup> J. Garrido, *Proceso humano y Gracia de Dios*, pp. 142-145 y 488-491; *Comprender y practicar la personalización*, pp. 74-82.

luego participarlas y «narrarlas» a los demás. La experiencia (del latín *experior*, que significa «atravesar» o «ir a través de») constituye una especie de «travesía vital» por el denso entramado de la realidad que permite captar, entender, asimilar, y designar luego y comunicar mucho mejor esa realidad.

Ahora bien, ¿qué es preciso hacer para educar experiencias? Dando por descontado que no es una labor sencilla ni de consecución rápida, porque en ella se ha de dar la intervención conjunta del sujeto implicado y del educador que le guía y acompaña, lo que sí parece recomendable hacer es ofrecer unas pautas de orientación que invitarían a poner en práctica estos cuatro pasos o intervenciones educativas, a saber, proporcionar o provocar vivencias, favorecer la interpretación y toma de conciencia de las mismas, colaborar para que esas vivencias sean interiorizadas y personalizadas, e impulsar finalmente a que sean manifestadas y expresadas.

El primer paso que ha de dar la pedagogía de la experiencia es el de procurar que el sujeto mantenga un contacto inmediato con la realidad, que sin duda ha de despertar y suscitar en su interior toda una serie de *vivencias*. Vivencia es la reacción más espontánea que se produce en el sujeto cuando este se ve inmerso en situaciones, circunstancias, relaciones, encuentros, descubrimientos, tentativas y esfuerzos, éxitos o fracasos, etc., que le afectan y sacuden vivamente por dentro. En este sentido no hay sujeto que no tenga a diario muchas y variadas vivencias. Aplicado todo esto al terreno de la fe, lo que hace comprender es que al que se aventura por el itinerario creyente es preciso ofrecerle la oportunidad de que tenga vivencias cristianas, de proporcionárselas y de provocárselas si es necesario, dado que cada vez es más frecuente el caso de niños, jóvenes y adultos que nunca o casi nunca han tenido acceso a esas particulares vivencias. El primer requisito para la personalización de la fe habrá de ser, por tanto, el de dar a la persona que aspira a ser creyente la posibilidad de que tenga esas vivencias.

Una vez que se han tenido o se han probado esas vivencias, el siguiente paso habrá de coadyuvar a que *se tome conciencia* de las mismas, es decir,

a que se las considere atentamente, se las interprete en relación con el sujeto, se vea en ellas la parte de beneficio que pueden reportarle. El paso de la vivencia a la experiencia se opera mediante la toma de conciencia. «Se hace experiencia cuando se produce un encuentro entre realidad, pensamiento y lenguaje», como afirma R. Tonelli, y «toda experiencia es una síntesis activa de presencia e interpretación», según sostiene P. Ricoeur. Para que en la vida del creyente pasen a ser experiencia de fe las vivencias, que en ese sentido ha ido teniendo, se requiere que el sujeto las perciba como positivas y beneficiosas para él, como enriquecedoras de su propio universo de significado, como válidas y orientadoras para su forma de ser, de pensar y de actuar.

Pero no todo queda ahí. El siguiente paso habrá de consistir en interiorizarlas, en considerarlas como algo propio, en *personalizarlas* en definitiva. Y es que la experiencia, si es verdadera y significativa, no se queda en algo ajeno a la persona, sino que forma parte de ella misma. Como admirablemente expresaba X. Zubiri, «lo que se vive en la experiencia pertenece no solo al orden del tener o del hacer, sino que afecta al mismo *ser* no es que se haga o se tenga experiencia, sino que se *es* experiencia». De este modo es como la experiencia de fe pasa a ser uno de los rasgos, el más decisivo de todos, que intervienen en la configuración de la identidad del ser creyente. Sobre la experiencia de fe es sobre la que se estructura y modela la «identidad cristiana».

Y el último paso, el que verdaderamente da a entender hasta qué punto la persona ha hecho suya la experiencia, es el que le impulsa a esta a verbalizarla, a ponerle palabras, a comunicarla y a *narrarla*. «Quien realiza una experiencia –declara Ll. Duch– siente el vivo deseo de narrarla, como si su expresión fuera una especie de testificación de la realidad de lo experimentado»<sup>21</sup>. Y es que, en efecto, quien narra una experiencia la percibe y entiende mucho mejor en la medida en que la narra, la aclara mucho más a

---

<sup>21</sup> L. Duch, *La experiencia religiosa en el contexto de la cultura contemporánea*, Barcelona 1979, p. 68.

sí mismo a la par que se la comunica a los demás. La narración le sirve al narrador para aclarar su propia experiencia. Este último aspecto es perfectamente aplicable a la experiencia de fe. «La fe cristiana –afirma J. B. Metz– necesita ser narrada para ser creída» y, en este sentido, «el cristianismo en tanto que comunidad de los salvados en Jesucristo no es primordialmente una comunidad de carácter interpretativo o argumentativo, sino una comunidad de memoria y de narración: memoria narrante de la pasión, muerte y resurrección de Jesús»<sup>22</sup>. Si la experiencia de fe sobrevive en el tiempo es porque ha sido ininterrumpidamente testimoniada y transmitida por la comunidad cristiana, que es una «comunidad de narradores». Al creyente se le invita, en consecuencia, a narrar y a compartir con los demás su experiencia de fe, a fin de que en esa narración compartida su experiencia se vaya haciendo cada vez más personal y más consolidada. Eso fue lo que hicieron los discípulos de Jesús después de la resurrección: narrar y compartir la experiencia que iban teniendo o que habían tenido ya del Señor resucitado.

– Junto a la pedagogía de la experiencia, anteriormente descrita, hay también otro modo de hacer educativo que contribuye favorablemente a la personalización de la fe, y es la *pedagogía que sirve para unir la fe y la vida*.

La razón de por qué la fe no puede ser algo aparte de la vida es que la fe informa y colorea, por así decirlo, de manera extraordinaria el ser de la persona, y la vida no hace sino expresar lo que la persona es, piensa, siente, actúa, etc.; de donde se sigue que entre vida y fe no puede menos de existir una estrecha unión y relación, es decir, que en la vida del creyente no podrá por menos de notarse ese tono o color tan especial que le otorga la fe. Normalmente se habla de «unión de fe y de vida», como si lo propio fuese anteponer la fe a la vida. A lo cual convendría añadir o matizar, en mi

---

<sup>22</sup> J. B. Metz, «Erlösung und Emanzipation», *Stimmen der Zeit* 191 (1973) 183.

opinión, que si la fe es considerada prioritaria desde un punto de vista esencial (la verdadera vida es la «vida de fe»), desde un punto de vista existencial lo que sucede es que lo primero es la vida, es decir, lo primero que la persona experimenta y tiene como más inmediato es su propia existencia. De donde se deduce que, al menos en el orden pedagógico y existencial, lo correcto será decir «unión de vida y fe». Porque de lo que se trata es de que la vida, que es lo que la persona tiene como lo primero dado y experimentado, se vaya iluminando, motivando y orientando por la fe y desde la fe.

Y ¿qué significa, en concreto, unir la vida y la fe? Significa «aprender a vivir a Dios en la vida, y la vida en Dios», como señala J. Garrido, y significa también «reorganizar la personalidad en torno a Jesucristo y su mensaje», como agrega R. Tonelli. No se olvide que la fe cristiana se caracteriza por esa vinculación de mutua relación que se establece entre el hombre y Dios, y más concretamente, por el encuentro personal con Jesucristo. Lo que ha de procurar entonces la vida del creyente es asumir a Dios como lo más fundamental y determinante para él, hacer que Jesús y su mensaje se conviertan en centro y referencia principal de su existencia. La personalización de la fe ha de aplicarse sobre todo a esto: a integrar y a asumir esa realidad espléndida de la fe en la propia vida. Lo cual no se consigue, por así decirlo, en «un golpe de gracia», sino en una paciente labor de *confrontación* de lo que es el diario existir, atravesado por mil contradicciones, con lo que es la nueva forma de vida que Dios nos ha manifestado y regalado en Cristo. Unir la vida a la fe es dejar –no de un modo pasivo sino colaborando activamente– que el amor y la gracia de Dios invadan y transformen el ser y la persona del creyente.

La cuestión que se plantea entonces en el ámbito pedagógico es la siguiente: ¿cómo se realiza en la práctica la unión y la correlación de la vida con la fe? Para ello habrá que retomar de nuevo, aquí, lo dicho a propósito de la experiencia y, más concretamente, a propósito de la experiencia de fe. Unir vida y fe en la práctica lo que está pidiendo es todo un ejercicio de relacionar y de *poner en sintonía los centros vitales de interés de la persona y los referentes orientadores e iluminadores que proporciona la fe.*

Dicho de un modo ejemplificado, si las aspiraciones vitales de la persona humana van en la línea de búsqueda de felicidad, de apertura a la relación, de encuentro de un yo con un tú impulsado por el amor o la amistad, de realización de la persona por el hecho de sentirse útil, del modo de encajar el dolor y el sufrimiento, y de afrontar la muerte misma, etc., a todas y a cada una de esas aspiraciones habrá que acercar e incorporar la fe con lo que ella aporta de plenitud de sentido. Y es que, en efecto, Dios ha manifestado en Jesucristo, en su forma concreta de vivir y de morir, y también por supuesto de resucitar, todo un referente ejemplificador a partir del cual esas mismas aspiraciones y experiencias pueden ser vividas como Él mismo las ha vivido y como Él quiere que las vivan los hombres. Unir la vida a la fe es ir consiguiendo que las grandes experiencias, que van tejiendo la vida humana, vayan alcanzando esa misma impronta singular que tuvieron las experiencias vividas por Jesús. Por eso, en definitiva, personalizar la fe es aprender a vivir como vivió Jesús. Ser creyente, en la perspectiva concreta de la fe cristiana, se resume en ser «seguidor de Jesús».

A esto está llamada la pedagogía que trata de unir la fe y la vida: a poner en sintonía vital lo que es el desarrollo evolutivo de la persona humana con lo que es la nueva forma de vivir que Dios nos ha ofrecido y otorgado en Cristo. Dios lo ha hecho ya en buena medida, por pura generosidad y gracia, y lo único que corresponde al creyente es que ponga de su parte la adhesión y la respuesta. A esta pedagogía se la suele llamar también pedagogía «integral», pedagogía «simultánea» que trata de integrar lo humano y lo espiritual<sup>23</sup>, pedagogía de «conjunción o convergencia» de las virtualidades que ponen de su parte cada uno de los dos agentes –Dios y el hombre–. Con todo, lo de menos son los nombres, pues de lo que en verdad se trata es de que, confluyendo en su propio ser fe y vida, el creyente consiga de esta manera personalizar la fe y mostrarla y demostrarla en su vida.

---

<sup>23</sup> J. B. Metz, «Erlösung und Emanzipation», *Stimmen der Zeit* 191 (1973) 183.

## CONCLUSIÓN

El tema de la personalización de la fe constituye un reto permanente para la misión de evangelizar, para la educación cristiana, y para la pastoral en general, porque la fe o es fe personalizada y asumida vitalmente por el sujeto creyente o no es fe. A ese tema le ha dedicado la comunidad cristiana no poco interés y preocupación, como lo prueba el hecho de querer realizar del mejor modo posible la iniciación cristiana, de renovar continuamente la catequesis, de insistir en el testimonio personal, etc., y ello a pesar de encontrarse en la práctica con los inconvenientes que provenían, unas veces, de la cultura o del ambiente renuente a la fe, y, otras veces, de la falta de coherencia de la propia Iglesia o de los modelos o estilos de hacer la pastoral. También ahora, como queda ya indicado en los primeros epígrafes, existen los condicionantes que se derivan bien sea de la cultura posmoderna, bien sea de la no siempre ejemplaridad evangélica de la institución eclesial. Y, sin embargo, hay que seguir reafirmando el convencimiento de que es en esta cultura y en esta Iglesia donde ha de hacerse viva y operante la fe.

Por eso, es de gran utilidad ofrecer elementos de ayuda que estimulen a seguir trabajando en la clave educativa de personalización de la fe. Educar hoy es impulsar y motivar a que la persona haga suyas las grandes experiencias de la vida y a que, sobre todo, personalice y haga suya la experiencia de fe. Vivir la fe como un encuentro personalizador y transformante es lo que debe hacer todo creyente. Para lo cual necesita no solo la presencia testimonial de los educadores creyentes, sino el buen hacer de estos avalado por las pedagogías pertinentes. A todo ello han querido contribuir con sencillez y con propósito eminentemente práctico estas páginas.